

FIELES DIFUNTOS (Ciclo C)

La Iglesia, desde sus orígenes, hemos pedido por los difuntos. En esa acción se reconocen al menos dos cosas: la fe en la vida eterna y la confianza en la misericordia de Dios; necesaria para que quienes han muerto sean purificados de sus faltas. Si bien esa oración por quienes han muerto es constante, y en todas las celebraciones de la misa hay un recordatorio para ellos en la plegaria eucarística, la conmemoración de hoy señala la importancia de no descuidar esa petición.

Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi* ha escrito bellas palabras sobre ese estado en el que se encontrarían muchos hombres tras el tránsito de la muerte. Dice que puede haber personas que hayan vivido pisoteando el amor y que en ellos ya nada sería remediable. En ellos la destrucción del bien sería irrevocable (infierno). Otros, que se habrían impregnado totalmente de Dios y cuya muerte no será más que la culminación de lo que ya son (cielo), pero, «no obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la experiencia humana. En gran parte de los hombres -eso podemos suponer- queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios».

Quienes mueren así pasan por una purificación ante Dios Juez. A eso le llamamos Purgatorio. Dicha purificación comporta dolor y alegría. Dolor porque quema lo impuro que hay en nosotros, pero alegría porque sabemos que vamos a ser totalmente de Dios. Nosotros, y ello es motivo de esperanza, podemos pedir por esas personas. Es lo que hacemos la Iglesia. No vivimos la vida solos. No vamos al cielo solos. Jesús pide por nosotros. Nosotros pedimos por los demás. Los demás piden por nosotros.

Así, nuestra oración se fundamenta y expresa nuestra esperanza. Dicha oración conlleva un silencio de parte de Dios, porque no conocemos el resultado directo de nuestra oración, aunque no por ello dejamos de confiar. En el libro de las Lamentaciones leemos unas bellas palabras que hemos de hacer nuestras: «El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan; es bueno esperar en silencio la salvación del Señor».

Precisamente porque en nuestro tiempo terrenal constatamos que hemos sido amados por Dios tenemos la certeza de que no somos abandonados en la muerte.

En el evangelio se nos habla de esas estancias que hay en la casa del Padre. Aluden a un designio de Dios. En su misericordia nos ha pensado junto a Él para siempre. Por eso rezamos con fe por nuestros difuntos. Dios no abandona a ninguno de sus hijos. Somos conscientes de que el pecado nos hace indignos ante Dios, pero también que Él ha ideado maneras justas y misericordiosas para que pueda realizarse su salvación en nosotros.

Santa María, ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte.